

de pasión de ánimo, y al cabo murió mas llorada del ama que del amo.

Después que el ayuda de cámara me informó del triste fin de Séfora, me pidió perdón de lo que me había detenido, y me dejó proseguir mi camino. No pude menos de suspirar, acordándome de aquella desdichada dueña; y compadeciéndome de su suerte me echaba la culpa de su desgracia, sin pensar que debía atribuirse mas bien á su cáncer que al mérito mio de que se había prendado.

Observaba con gusto todo lo que parecía digno de ser notado en la ciudad. El Palacio Arzobispal entretuvo agradablemente mi vista, y lo mismo los hermosos pórticos de la lonja; pero lo que me llevó toda la atención fué una gran casa que ví á lo lejos, en la cual entraba mucha gente. Acerquéme á ella para saber por qué acudía allí un concurso tan crecido de hombres y mugeres, y presto salí de mi curiosidad, leyendo estas palabras escritas con letras de oro en una lápida de mármol negro que estaba sobre la puerta: *Posada de los Representantes*. Leí también los carteles, en los cuales los cómicos ofrecían por la primera vez aquel día la representación de una tragedia nueva de D. Gabriel Triaquero.



CAPÍTULO V.

Va Gil Blas á la comedia, y ve representar una tragedia nueva: qué écsito tuvo la pieza.
Carácter del pueblo de Valencia.



DETÚVEME algunos momentos á la puerta para hacerme cargo de las personas que entraban, y habíalas de todas calidades. Ví caballeros de buena traza y ricamente vestidos, y gentualla de tan mala catadura como trage. Ví varias señoras de título que se apeaban de sus coches para ir á ocupar los aposentos que habían mandado tomar, y algunas aventureras que iban á caza de mentecatos. Este confuso tropel de toda clase de espectadores, me inspiró el deseo de aumentar su número. Ya me disponía á tomar billete, cuando el gobernador y su esposa llegaron. Reconociéronme entre la muchedumbre, y habiéndome mandado llamar, me llevaron á su palco en donde me senté detras de los dos, de modo que podía hablar cómodamente con ambos. Estaba el salon lleno de gente de alto á bajo, el patio muy apiñado, y la luneta llena de caballeros de las tres órdenes militares.—¡Grande entrada! dije á Don Alfonso. No hay que admirarse de eso, me respondió, porque la tragedia que se va á representar está compuesta por Don Gabriel Triaquero, apellidado *el poeta de moda*. Cuando los carteles de los cómicos anuncian alguna nueva composición suya, toda la ciudad de Valencia se pone en movimiento: hombres y mugeres no saben hablar de otra cosa: todos los palcos se abonan; y el día de la primera representación se estropean las gentes á la puerta por entrar, siendo así que se dobla el precio, exceptuando únicamente el del patio, á quien siempre se respeta demasiado, por temor de que se altere.—Sin duda, dije entonces al gobernador, que esa viva curiosidad del público, esa furiosa impaciencia que

tiene por oír todas las composiciones nuevas de Don Gabriel, me dan una idea ventajosa del ingenio de ese poeta.

Al llegar aquí nuestra conversacion, se dejaron ver en el teatro los actores. Callamos inmediatamente para oírlos con atencion. Desde el principio comenzaron los aplausos; á cada verso se repetian, y al fin de cada jornada habia un palmooteo que parecia venirse al suelo el teatro. Concluida la representacion, me mostraron al autor, el cual iba modestamente por los aposentos á recoger los aplausos de que caballeros y damas le llenaban á competencia.

Nosotros volvimos al palacio del gobernador, adonde poco despues llegaron tres ó cuatro caballeros cruzados y dos autores antiguos muy apreciables en su clase, acompañados de un caballero de Madrid, sugeto de talento y de gusto. Todos habian estado en la comedia, y durante la cena no se habló sino de la nueva pieza.—¿Qué les parece á ustedes de la tragedia, preguntó un caballero de Santiago? ¿No es esto lo que se llama una obra perfecta? Pensamientos sublimes, espresiones tiernas, versificacion vigorosa, nada le falta; en una palabra, es un poema compuesto para los inteligentes.—No creo, respondió un caballero de Alcántara, que nadie pueda pensar de él de otra manera. Esta pieza tiene algunos trozos que parecen dictados por el mismo Apolo, y ciertos lances manejados con destreza: dígalos si no el señor, añadió, dirigiendo la palabra al caballero castellano, que me parece entendido, y apuesto á que es de mi opinion.—No apueste vd., caballero, le respondió el de Madrid con cierta risita falsa. Yo no soy de este pais: en Madrid no acostumbramos á decidir con tanta facilidad. Lejos de juzgar del mérito de una pieza que oímos por la primera vez, desconfiamos de sus bellezas cuando solamente la escuchamos en boca de los actores; y por mucha impresion que nos haga, suspendemos el juicio hasta haberla leído; porque en la realidad no siempre nos causa en el papel el mismo placer que nos ha causado en la escena.

—Por eso antes de calificar un poema, prosiguió, lo ecsaminamos escrupulosamente; y por grande que pueda ser la fama de un autor, no puede deslumbrarnos: cuando Lope de Vega mismo y Calderon, ofrecian composiciones nuevas, hallaban jueces severos en sus admiradores, los cuales no los elevaron á la cumbre de la gloria hasta despues de haber juzgado que eran dignos de ella.

—¡Oh! por cierto, interrumpió el caballero de Santiago, nosotros no somos tan tímidos como ustedes: no esperamos para decidir á que se imprima una pieza. A la primera representacion conocemos todo su mérito: ni aun para eso nos es necesario oírla con la mayor atencion, sino que nos basta saber que es produccion de Don Gabriel, para per-

sudirnos de que no tiene ningun defecto. Las obras de este poeta deben servir de época al nacimiento del buen gusto. Los Lopez y los Calderones no eran mas que unos aprendices en comparacion de este gran maestro del teatro. El madrileño, que miraba á Lope y á Calderon como los Sófoles y Eurípides de los españoles, indignado con este discurso temerario, exclamó:—¿Qué sacrilegio dramático! Supuesto, señores, que ustedes me obligan á juzgar, como acostumbran, por la primera representacion, les diré, que no me ha gustado la tragedia de su Don Gabriel. Es un drama surcido de rasgos mas brillantes que sólidos. Las tres cuartas partes de los versos son malos, ó sin buena rima, los caracteres mal formados ó mal sostenidos, y los conceptos frecuentemente muy oscuros.

Los dos autores que estaban á la mesa, y que, por una moderacion tan loable como rara, no habian dicho nada porque no se les sospechase de envidiosos, no pudieron menos de aprobar con los ojos la opinion de este caballero; lo que me hizo creer que su silencio era menos un efecto de la perfeccion de la obra que de su política. En cuanto á los caballeros cruzados, comenzaron de nuevo á elogiar á Don Gabriel, y aun le colocaron entre los dioses. Esta estravagante apoteosis y ciega idolatría impacientaron al castellano, que, alzando las manos al cielo, exclamó repentinamente entusiasmado:—¡Oh divino Lope de Vega, raro y sublime ingenio, que dejaste un inmenso espacio entre tí y todos los Gabrielles que quieran igualarte! y tú, melífluo Calderon, cuya suavidad elegante y purgada de epicismo es inimitable, no temais uno ni otro que vuestros altares sean derribados por este hijo novel de las musas. Muy afortunado será si la posteridad, cuya delicia formareis, así como formais la nuestra, hace mencion de él.

Este gracioso apóstrofe, que ninguno esperaba, hizo reír á toda la concurrencia, con lo cual se levantó de la mesa, y se retiró. Á mí me condujeron por órden de Don Alfonso al cuarto que me tenia dispuesto; encontré en él una buena cama, en la que habiéndose acostado mi señoría, se durmió, compadeciéndome tanto como el caballero castellano de la injusticia que los ignorantes hacian á Lope y á Calderon.





CAPÍTULO VI.

Gil Blas paseándose por las calles de Valencia encuentra á un religioso, á quien le parece conocer: qué hombre era este religioso.



COMO no habia podido ver toda la ciudad el dia anterior, me levanté y salí al siguiente para acabar de ecsaminarla. Divisé en la calle á un cartujo, que sin duda iba á negocios de su comunidad. Caminaba con los ojos bajos, y con un aspecto tan devoto que se llevaba la atencion de todos. Pasó muy cerca de mí, mírele atentamente, y me pareció ver en él á Don Rafael, aquel aventurero que ocupa tan honorífico lugar en varios capítulos de esta historia.

Me quedé tan asombrado y conmovido de este inesperado encuentro, que en vez de acercarme al monge, permanecí inmóvil por algunos momentos, lo que le dió tiempo para alejarse de mí.—¡Justo cielo! dije, ¿se habrán visto jamas dos rostros mas parecidos? ¿Qué deberé pensar? ¿Creeré que este es Rafael? ¿Pero puedo imaginar que no lo sea? Tuve demasiada curiosidad de saber la verdad para no pasar adelante.

Hice que me enseñasen el camino de la Cartuja, á donde fuí al momento con la esperanza de volver á ver al tal hombre cuando se restituyese al monasterio, y resuelto á detenerle para hablarle; pero no tuve necesidad de aguardarle para quedar enterado de todo. Al llegar á la puerta del monasterio, otra cara que yo conocia trocó mi duda en certidumbre, y reconocí en el lego portero á Ambrosio Lamela, mi antiguo criado.

Fué igual la sorpresa de ambos de encontrarnos allí.—¿Será acaso una ilusion? le dije al saludarle: ¿es realmente un amigo mio el que tengo á la vista? Al pronto no me conoció, ó acaso fingió no conocerme; pero considerando que era inútil la ficcion, y haciendo como quien de repen-

Lib. X.

GIL BLAS

Cap. VI.



te se acuerda de una cosa olvidada:—¡Ah Señor Gil Blas! exclamó, perdone su merced si no le conocí tan prontamente. Desde que vivo en este santo lugar, y me dedico á cumplir con los deberes que prescriben nuestras reglas, voy perdiendo insensiblemente la memoria de lo que he visto en el mundo.

—Tengo un verdadero gozo, le dije, de volverte á ver despues de diez años, con un traje tan respetable.—Y yo, respondi, me avergüenzo de presentarme con él á un hombre que ha sido testigo de mi mala vida: este hábito me la está continuamente reprendiendo. ¡Ah! añadió dando un suspiro, para ser digno de llevarle, debiera haber vivido siempre en la inocencia.—Por ese modo de hablar, que me causa sumo placer, le repliqué, se ve claramente, mi caro hermano, que el dedo del Señor os ha tocado. Vuelvo á deciros que me lleno de gozo, y estoy impaciente por saber de qué modo milagroso entrásteis en el buen camino, vos y Don Rafael, porque estoy persuadido de que él es á quien acabo de encontrar en la ciudad en hábito de cartujo: me ha pesado de no haberle detenido en la calle para hablarle, y le espero aquí para reparar mi falta cuando se retire al monasterio.

—No se engañó su merced, me dijo Lamela, el mismo Don Rafael es á quien vd. ha visto; y en cuanto á la relacion que vd. me pide es la siguiente. Despues de habernos separado de vd. cerca de Segorve, el hijo de Lucinda y yo tomamos el camino de Valencia con ánimo de hacer allí alguna de las nuestras. Quiso la casualidad que entrásemos en la iglesia de cartujos á tiempo que los religiosos estaban rezando en el coro: detuvimonos á considerarlos, y conocimos por nuestra misma experiencia que los malos no pueden menos de venerar la virtud. Admirámonos del fervor con que rezaban, de aquel aire penitente y desasido de los placeres del siglo, y de la serenidad que se dejaba ver en sus semblantes, y que manifestaba tambien la quietud de sus conciencias.

Haciendo estas observaciones, caimos en una meditacion que nos fué saludable. Comparamos nuestras costumbres con las de estos buenos religiosos, y la diferencia que hallamos entre unas y otras nos llenó de turbacion y de inquietud.—Lamela, me dijo Don Rafael luego que salimos de la iglesia, ¿qué impresion ha causado en tí lo que acabamos de ver? Por lo que á mí toca, no puedo ocultártelo, no tengo el ánimo sosegado: me agitan unos movimientos que me son desconocidos; y por la primera vez de mi vida me acuso de mis iniquidades.—En igual disposicion me hallo yo, le respondi: las malas acciones que he cometido se levantan en este instante contra mí, y mi corazon, que jamas habia sentido remordimientos, está en la actualidad despedazado por ellos. ¡Ah querido Ambrosio! continuó mi compañero: somos dos ovejas descarriadas, que el Padre

celestial quiere por su piedad volver al aprisco. El es, amigo mio, él es quien nos llama; no seamos sordos á su voz; renunciemos á nuestras iniquidades, dejemos la disolucion en que vivimos, y comencemos desde hoy á trabajar sériamente en el grande negocio de nuestra salvacion; debemos pasar el resto de nuestra vida en este monasterio, y consagrarla á la penitencia.

—Aprobé el pensamiento de Rafael, prosiguió el hermano Ambrosio, y tomamos la generosa resolucion de meternos cartujos. Para ponerla por obra, recurrimos al padre prior, que apenas supo nuestro designio, cuando, para probar nuestra vocacion, mandó se nos diesen cejas, y se nos tratase como á religiosos durante un año entero. Observamos las reglas con tanta esactitud y constancia, que fuimos recibidos de novicios: Estábamos tan contentos con nuestro estado y tan llenos de fervor, que sufrimos valerosamente los trabajos del noviciado, y en seguida se nos admitió á la profesion. Poco despues de ella, habiendo mostrado Don Rafael un talento á propósito para el manejo de negocios, le nombraron para aliviar á un padre anciano que era entonces procurador. Mas hubiera querido el hijo de Lucinda emplear todo el tiempo en la oracion; pero se vió obligado á sacrificar este gusto á la necesidad que se tenia de él. Adquirió un conocimiento tan completo de los intereses de la casa, que le juzgaron capaz de sustituir al anciano procurador, muerto tres años despues. Y así está ejerciendo en la actualidad este cargo, y puede decirse que lo desempeña con grande satisfaccion de los padres, que alaban mucho su conducta en la administracion de los bienes temporales. Pero lo que mas admira es que, á pesar del cuidado que se le confió de recaudar nuestras rentas, no parece ocupado sino en la vida eterna. Si los negocios le dejan un momento de reposo, se abisma en profundas meditaciones: en una palabra, es uno de los mejores individuos de este monasterio.

Interrumpí á Lamela cuando llegaba aquí, con un grande movimiento de gozo que manifesté al ver á Rafael, que á este punto se dejó ver de nosotros.—He aquí, exclamé, he aquí el santo procurador que yo estaba esperando con tanta impaciencia; y al mismo tiempo corrí hácia él y le dí un abrazo. No se desdeñó de recibirle, y sin dar la mas leve muestra de que mi vista le hubiese causado la menor alteracion:—Sea Dios loado, Señor de Santillana, me dijo con una voz llena de dulzura; Dios sea loado, por el placer que me causa el veros.—Verdaderamente, le dije, mi querido Rafael, yo tomo toda la parte posible en vuestra felicidad. Fray Ambrosio me ha contado la historia de vuestra conversion, y confieso que su relacion me ha encantado. ¡Qué ventura la vuestra, amados amigos míos, la de poder lisonjearos de ser de aquel corto nú-

mero de escogidos que deben gozar de una bienaventuranza eterna!

—Dos miserables como nosotros, respondió en tono muy humilde el hijo de Lucinda, no podian concebir semejante esperanza; pero el arrepentimiento de los pecados les hizo hallar gracia ante el Padre de las misericordias. ¡Y vd., Señor Gil Blas, añadió, no piensa tambien en merecer que el Señor le perdone las culpas que contra él ha cometido? ¡Qué asuntos le han traído á vd. á Valencia? ¡Ejerce por desgracia algun empleo peligroso?—No, á Dios gracias, le respondí: desde que salí de la corte hago una vida honrada. Unas veces gozo de la inocente diversion del campo en una hacienda que tengo distante pocas leguas de esta ciudad, y otras vengo á recrearme algunos dias con mi amigo el señor gobernador, á quien ustedes dos conocen muy bien.

Entonces les conté la historia de Don Alfonso de Leiva, que oyeron con atencion; y cuando les dije que yo habia llevado de parte de este señor á Samuel Simon los tres mil ducados que le habiamos hurtado, Lamela me interrumpió, y dirigiendo la palabra á Rafael, le dijo:—Segun eso, padre Hilario, el buen mercader ya no debe quejarse de un robo que se le ha restituido con usura, y nosotros dos debemos tener la conciencia bien tranquila sobre este punto.—Con efecto, dijo el procurador, antes que el hermano Ambrosio y yo tomásemos el hábito, hicimos entregar secretamente á Samuel Simon mil y quinientos ducados por mano de un honrado eclesiástico, que quiso tomarse el trabajo de ir á Chelva á hacer esta restitucion secreta.—Tanto peor para Samuel, si fué capaz de embolsarse esta cantidad despues de haber sido reintegrado enteramente por el Señor de Santillana.—¡Pero esos mil y quinientos ducados repliqué yo se le entregaron fielmente?—Sin duda alguna, contestó Don Rafael: yo responderia de la integridad del eclesiástico como de la mia.—Y yo tambien le abonaria, dijo Lamela; especialmente despues que ganó dos pleitos que le suscitaron por depósitos que se le habian confiado, y en los que fueron condenados en costas sus acusadores.

Nuestra conversacion duró todavia algun tiempo, y luego nos separamos, ellos ecshortándome á que tuviese siempre presente el santo temor de Dios, y yo recomendándome á sus buenas oraciones. Fui al momento á verme con Don Alfonso, y le dije:—Nunca acertaria V. S. con quien acabo de tener una larga conversacion: no hago mas que separarme de dos venerables cartujos que V. S. conoce: el uno se llama el padre Hilario, y el otro el hermano Ambrosio.—Te equivocas, me respondió Don Alfonso, porque yo no conozco á ningun cartujo.—Perdone V. S., le repliqué, pues conoció en Chelva al hermano Ambrosio, comisario de la Inquisicion, y al padre Hilario, secretario.—¡Oh cielos! exclamó sorprendido el gobernador: ¡Será posible que Rafael y Lamela se hayan meti-

do cartujos!—Es positivo, le respondí, y años ha que profesaron. El primero es procurador de la casa, y el segundo portero.

Quedó pensativo algunos momentos el hijo de Don César, y luego meneando la cabeza dijo:—Harto será que el señor comisario de la Inquisicion y su secretario no estén representando aquí una nueva comedia.—V. S., repuse yo, juzga de lo presente por el tiempo pasado; pero yo, que vengo de hablarles, juzgo mas benignamente. Es verdad que no se ve el fondo de los corazones; mas segun todas las apariencias, estos son dos bribones convertidos.—Bien puede ser, respondió Don Alfonso, porque hay muchos libertinos que, despues de haber escandalizado al mundo con sus desórdenes, se encierran en los claustros para hacer una rigurosa penitencia: me alegraria mucho de que nuestros dos monges fueran de estos libertinos.

—¿Y por qué no lo serian? le dije: ellos han abrazado voluntariamente la vida monástica muchos años ha, y se portan en ella con la mayor edificacion.—Dí todo lo que quisieres, me contestó el gobernador; pero á mí nada me gusta que los caudales del monasterio estén en poder del padre Hilario, de quien no podria menos de desconfiar. Cuando me acuerdo de la donosa relacion que nos hizo de sus aventuras, tiemblo por los pobres cartujos. Quiero suponer, como tú, que haya tomado el hábito con muy buena intencion; pero el manejo del dinero puede despertar su codicia. A ningun borracho que ha dejado el vino se le debe fiar la llave de la bodega.

Pocos dias despues se verificó no ser infundada la desconfianza del gobernador. Desaparecieron de repente el procurador y el portero con el dinero del monasterio: noticia que, esparcida al punto por la ciudad, no dejó de dar que reir á los burlones, que celebran siempre las desgracias de los religiosos que tienen fama de ricos. Por lo que toca al gobernador y á mí, nos compadecemos de los cartujos, sin hacer alarde de que conociamos á los apóstatas.

